

“Desde el taller del alfarero: 50 reflexiones sobre vida cristiana”

© Rodrigo Díaz Campidoctus Primera Edición, 2019 Bogotá, Colombia

Diseño de portada: Rodrigo Díaz Campidoctus Diseño y diagramación: Rodrigo Díaz Campidoctus Editor: Rodrigo Díaz Campidoctus

Correo Electrónico: rodrigocampidoctus@gmail.com
Impreso en Colombia, 2019

Bogotá, D.C. 2019

DESDE EL TALLER DEL ALFARERO

50 reflexiones sobre vida cristiana

“Levántate y vete a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras” (Jeremías 18:2)

Rodrigo Díaz Campidoctus

ÍNDICE

1. ¿Qué es y quién es el hombre?
2. El Dios que no puede ser conocido desde el ateísmo
3. Yahwe o Alá: ¿Quién es el Dios Verdadero?
4. ¿Es Dios injusto?
5. Amor divino vs. amor humano
6. La partitura musical de Dios
7. Tolerancia y relativismo moral
8. La vida de “plenitud” del hombre contemporáneo
9. Los ídolos del hombre contemporáneo
10. La extraña experiencia del borrego Saúl
11. La ventana
12. La importancia del servicio
13. El sapo y la luciérnaga: fábula sobre la envidia
14. El valor eterno de las palabras
15. Una disquisición sobre el tiempo
16. Dios viste al hombre con decoro por dentro
y por fuera
17. Conquistando el Everest
18. No llames a Jesús “Señor” si no estás dispuesto a
obedecerle

19. El Jesús neorrealista de Pier Paolo Pasolini
20. ¿Qué significa tener una mente reprobada?
21. El concepto de pecado desde la semántica y la semiótica divina
22. Un acercamiento no dogmático al misterio del 666
23. Los 12 de Jesús: ¿una elección equivocada?
24. ¿Cuál es el verdadero Evangelio?
25. ¿Qué tan difícil es vivir la vida cristiana?
26. Predestinación y libre albedrío: ¿una discusión cerrada?
27. Autoridad, obediencia y sumisión
28. La incómoda palabra “sumisión”
29. Jesús de Nazaret
30. Adoración: un destino eterno
31. Las lágrimas en la Palabra de Dios
32. Verdad, fe y emociones
33. La naturaleza oculta del dinero
34. ¿Por qué América no se llama Colombia?
35. La posición teológica de Albert Einstein
36. La corderita de Urías
37. No diga ¡feliz navidad! sin conocer su significado

38. Cristianos débiles vs cristianos fuertes
39. Una falsa perspectiva de la libertad en Cristo
40. Esperanza: su significado contextual en la biblia
41. Cristianismo e ideología de género
42. ¿Es la iglesia cristiana homofóbica?
43. La conciencia en la experiencia cristiana
44. La celebración de la cena del señor
45. La inescrutable sabiduría del Dios Eterno
46. ¡No pretendas tener siempre la razón!
47. Las obras de misericordia: ¿Una bandera de la religión humanista?
48. Pablo en el Areópago: Estoicos y Epicúreos
49. Espíritu, esencia, naturaleza y sustancia
50. Reflexiones en el silencio

PRESENTACIÓN

Usualmente quien escribe un libro lo hace para comunicar, deleitar o enseñar algo a sus lectores, pero en pocas ocasiones escribimos para enseñarnos a nosotros mismos; esta situación es forzosamente experimentada cuando tomamos la decisión de aventurarnos a escribir sobre temas directamente relacionados con la Palabra de Dios, la Biblia.

Esta serie de reflexiones espirituales, algunas con un leve sabor de disquisición teológica, y otras, la gran mayoría, relacionadas con la vida y la experiencia normal del creyente, no se encuentran organizadas siguiendo un patrón u orden temático; cada una de ellas pretende ser lo que es: una reflexión corta (algunas tal vez no se ajusten estrictamente a este criterio) sobre un tema puntual de interés, en principio, para los creyentes, pero también para aquellos que tienen inquietudes de índole teológica o espiritual, pues siempre debemos estar preparados “para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3:15). En tal sentido, las líneas de discusión y los temas de análisis en este escrito tendrán siempre como marco de referencia las Sagradas Escrituras; por ello, en cada reflexión se busca, de manera deliberada, que Jesucristo sea el centro de cada una de ellas.

La idea de escribir “Desde el Taller del Alfarero”, nació como resultado del ejercicio de preparar algunos bosquejos y notas para compartir mi experiencia cristiana, no solo en ámbitos académicos, sino también en la vida cotidiana, en la cual muchas veces se nos inquiere sobre nuestra posición respecto a determinados asuntos de orden teológico o doctrinal. Por esta vía llegué a la conclusión que para enseñar algo es

necesario estructurar primero una metodología sencilla que nos permita organizar de manera sistemática en nuestra mente, los temas que, de una u otra forma, inquietan a la gran mayoría de los seres humanos y cuyas respuestas, no tengo la menor duda, siempre las encontraremos en las Escrituras, pues como expresaron acertadamente dos de los más importantes teólogos de nuestro tiempo: “Hay preguntas del hombre que precisan una respuesta de Dios” y “Hay preguntas de Dios que precisan una respuesta del hombre”.

No puedo dejar de mencionar que para animarme a escribir “Desde el Taller del Alfarero”, parte de la inspiración llegó una vez terminada la lectura de un viejo libro que encontré en una de las vetustas librerías del centro de Bogotá, cuyo escueto título es: “Historia de Cristo” del controversial escritor italiano Giovanni Papini, quien luego de haber transitado por las fuentes más oscuras y “venenosas” del conocimiento humano, tratando de encontrar los fundamentos de un ateísmo integral, se acerca a Cristo conmovido y entregado. El autor de “Gog”, una obra cínica, una obra de dolor, con un claro mensaje: el ser humano, insatisfecho y hastiado después de vivir hasta el límite, tras haberlo experimentado todo y pisoteado todo, encuentra, como San Agustín, un punto de encuentro final: Cristo.

Este libro es también el testimonio de que, así como en otra época abracé con entusiasmo, pero con fundamento y estudio, las ideas marxistas, ahora, del mismo modo, mi fe también está fundamentada en el estudio, la investigación y la reflexión sobre las Escrituras. Pero algo más contundente todavía: este libro no es una exhibición pretenciosa de conocimientos o sabiduría humana, sino la evidencia de cómo Dios responde, a través de las Escrituras, “las preguntas que precisan para el hombre una respuesta de Dios”; lo cual me

Desde el taller del alfarero

permite expresar con reverencia y gratitud al Dios que me encontró confundido y perdido (como Papini): “Señor, por fin concluí mi búsqueda, pues encontré lo mío, aquí y ahora”.

1. ¿QUÉ ES Y QUIÉN ES EL HOMBRE?

Lee Strobel, un famoso periodista estadounidense, formado en la prestigiosa Escuela de Periodismo de la Universidad de Missouri, declaró en su libro “El caso de la fe”, que perdió los últimos vestigios de su fe en las clases de biología de la escuela secundaria, cuando entendió, a través de la explicación de las teorías evolutivas de Darwin, que el universo existente podía perfectamente prescindir de un creador sobrenatural.

El doctor Antonio Cruz, en su libro “Darwin no mató a Dios”, trae a colación este pasaje de la vida de Strobel (que más tarde se convertiría en un apologista del cristianismo), para referirse a su propia experiencia personal cuando recuerda las conversaciones con sus primeros pastores: “Ellos me conducían con paciencia por los versículos del Génesis, mientras yo les espetaba la selección natural del señor Darwin, recién aprendida en las aulas de ciencias naturales. No obstante, aquellas conversaciones apasionadas, lejos de apartarme de la fe, despertaron en mí una sed por conocer mejor los mecanismos de las propuestas evolucionistas para contrastarlas con las verdades reveladas en las Escrituras”.

De una manera clara y simple, en el capítulo primero de Génesis, se expresa que Dios creó los cielos y la tierra, incluyendo las plantas y toda suerte de animales según su género y según su especie (el gato es una especie del género de los felinos), acompañando la pincelada final de estas maravillosas obras con una solemne declaración de su poder y soberanía: “Y fue así”; y luego una declaración de su sabiduría y bondad: “Y vio Dios que era bueno”.

No obstante, cuando Dios se apresta a crear al hombre hace una especie de paréntesis para aclarar que esta criatura tendrá unas características especiales que la harán única y diferente a

todas las demás; ella será hecha conforme a la “imagen” de Dios”, y conforme a su “semejanza” (Gen. 1:26). Dios no solamente va a poner eternidad en esta especial creación (Ecl. 3:11), sino que, para decirlo de alguna manera, va a colocar una parte de Él mismo en ella (su imagen y su semejanza). Así que una vez determinado todo el consejo y propósito de Dios respecto de la creación del hombre, y visto el resultado, entonces Él mismo declara que todo lo que había hecho “era bueno en gran manera” (Gen.1:31).

Para responder la pregunta ¿qué es y quién es el hombre?, no existe otra vía que la de explorar, a la luz de las Escrituras, que significa en realidad el misterioso contenido de la expresión dicha por la boca de Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”.

Una corta digresión sobre la teoría evolucionista

Charles Darwin lanzó en 1859 la teoría de la evolución de las especies, la cual completó en 1871, cuando publicó su libro “La ascendencia del hombre”. Sin embargo, en la consolidación de esta teoría hay que mencionar al biólogo británico Thomas Huxley quien publicó en 1863 el libro “Evidencias del lugar del hombre en la naturaleza”, en el cual decía, tras hacer un estudio de anatomía comparada, que el hombre estaba en estrecha relación con los grandes simios, y que el hombre (*homo sapiens*) había evolucionado a partir de un antepasado simiesco.

En el anecdotario de la historia y consolidación de la teoría de la evolución es necesario traer a colación el famoso debate en 1860 entre Huxley y el obispo de Oxford, Samuel Wilberforce, del cual se dice que fue un momento clave en la aceptación más amplia de la teoría de la evolución. En dicha confrontación el obispo de Oxford le preguntó a Huxley, si él

descendía del mono por vía materna o paterna, ante lo cual Huxley le respondió con una frase cargada de ironía: "Si tuviera que elegir por antepasado, entre un pobre mono y un hombre magníficamente dotado por la naturaleza y de gran influencia, que utiliza sus dones para ridiculizar una discusión científica y para desacreditar a quienes buscan humildemente la verdad, preferiría descender del mono."

La ciencia, haciendo uso de la paleoantropología, se ha dedicado clasificar y ordenar los fósiles encontrados en diferentes partes del mundo en "un hipotético rompecabezas ascendente", como lo expresa el doctor Antonio Cruz en la obra ya citada, cuyo propósito es demostrar, a partir de la estructura de dichos fósiles, que el hombre es el perfeccionamiento de un proceso evolutivo en los términos en que fue planteado por Huxley.

Sin embargo, todos sabemos que esta teoría tiene un gran vacío científico que no ha podido ser subsanado ni siquiera por sus más aguerridos defensores: la existencia del llamado "eslabón perdido"; esto es, la evidencia material concreta que diera fe de la fase transicional definitiva entre el mono y el hombre.

Como es evidente, la ciencia se ha focalizado en aportar pruebas materiales (fósiles) para demostrar la existencia de este "eslabón perdido". Con todo, y desde el ámbito creacionista consignado en las Escrituras, a la ciencia le debemos exigir, no tanto que demuestre la existencia material del llamado "eslabón perdido", sino que nos dé razones convincentes para creer que "el eslabón perdido" también es la respuesta para los grandes interrogantes de la existencia humana. Por ejemplo, el "eslabón perdido" tendría que darnos razón de por qué el hombre está dotado de facultades

que son eminentemente espirituales, como es del caso del órgano de la conciencia, que le permite al ser humano, de un lado, discernir entre el bien y el mal (y por tanto con responsabilidad moral) y, por otro, el de poseer los tres atributos esenciales de la personalidad: inteligencia y razón, vida emocional y capacidad volitiva.

Creo firmemente que la consideración de estos misteriosos aspectos no le hablan al ser humano de un origen azaroso y oscuro, sino justamente de algo mucho más glorioso: La imagen y semejanza del Dios Eterno.

¿Qué es el hombre? La gran pregunta del Salmista

“¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra” (Sal. 8: 4-5).

Con respecto al origen del hombre, muchas veces los científicos le han dicho a Dios lo mismo que el pueblo de Israel le dijo al profeta Isaías: “¡Venir a darnos lecciones a nosotros, a enseñarnos lo que Dios ha revelado! ¡Como si fuéramos niños chiquitos que apenas estuvieran aprendiendo a leer: ba be bi bo bu!»...Pues bien (dice el profeta), si no hacen caso, será en lenguaje enredado, en idioma extraño, como Dios hablará a este pueblo”. (Isa. 28:9-11: Versión Dios Habla Hoy).

Evidentemente, es en este lenguaje enredado pero simple (¡qué gran paradoja!) que Dios nos descubre, en su Palabra, lo que debemos saber con respecto a nuestro origen y sobre lo que somos: un poquito aquí y otro poquito allá, como dice otra versión de este pasaje de Isaías.

Un poquito aquí:

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Gen. 1:26).

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7).

Un poquito allá:

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1ª. Tes. 5:23).

En solo tres versículos la Escritura nos dice que fuimos creados por Dios; que Él nos hizo del polvo de la tierra; que Él sopló vida espiritual en nosotros y que todo este singular proceso de “alfarería divina”, dio como resultado un ser tripartito compuesto de cuerpo, alma y espíritu.

¿Cómo y dónde fue?: en el taller del “alfarero”

En Génesis la Escritura dice que “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. En esta expresión el verbo utilizado para crear es “bara”, que en hebreo significa la atribución que corresponde únicamente a Dios para “crear” cosas de la nada (ex nihilo).

Para seguir la secuencia de la creación tal como está descrita en el Génesis, podemos decir que Dios creó de la nada (bara) la tierra y, por supuesto, “el polvo de la tierra”, del cual se nos dice que Dios “formó” al hombre (Gen. 2:7).

La palabra "formar" (“yatsar” en hebreo), utilizada en Génesis 2:7, implica el acto de esculpir y dar una forma de acuerdo con un diseño y apariencia preestablecida de antemano por Dios. Este verbo se usa en la Escritura para describir actividades y

labores que se asimilan a la alfarería, en cuanto tiene que ver con el moldeado o desarrollo de un diseño previamente concebido en la mente del alfarero. Este verbo es utilizado, por ejemplo, en Isaías 44:10, para describir la labor del orfebre que confecciona ídolos.

Pero en este verbo (*yatsar*) hay un significado teológico más profundo: así como el alfarero no pone sus manos sobre el barro a la ventura o por azar, sino que sus dedos se desplazan y se ajustan a las características del modelo que tiene en mente, del mismo modo, Dios coloca sus manos sobre el “polvo de la tierra” para moldear al hombre de acuerdo con un diseño preestablecido en su mente. Pero hay algo más en el verbo “*yatsar*”: la creación del hombre obedece ciertamente a un diseño preestablecido en la mente divina, pero implica, además, que detrás del diseño hay un propósito.

¿De qué?: del polvo de la tierra

La ciencia confirma que el hombre está compuesto de los mismos elementos de los cuales está formada la tierra. La descomposición del cuerpo humano después de la muerte física da testimonio de esta realidad. Los principales elementos que constituyen el cuerpo humano son oxígeno, carbono, hidrógeno y nitrógeno. Existen muchos otros elementos en el cuerpo humano, aunque en proporciones menores. Todo esto evidencia que aquello que la Escritura expresa en Génesis 2:7 no es un cuento de hadas como a veces lo quieren mostrar un gran número de escépticos.

La acción y el resultado de la mente y las manos del alfarero

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gen. 2:7).

Una obra tan monumental de Dios descrita en tan pocas palabras, son todo un desafío para entender la sabiduría de Dios. En este breve versículo hay cosas reveladas para el hombre por disposición divina, y otras que por “naturaleza” son del fuero especial del Creador; es decir, solo la mente de Dios las puede entender, pues “Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Cor. 2:11b).

Así que, esperando no ser hallados tratando de entender lo que está vedado para el conocimiento del hombre, o pretendiendo infructuosamente entender aquello que solo es posible aceptar por la fe, bástenos decir que en este versículo se encuentran tres palabras hebreas que describe toda la acción ejecutada por “el Alfarero Divino” el día de la creación del hombre: Tales palabras son “neshamá”, “nefesh” y “ruaj”.

Estas palabras del hebreo describen, ni más ni menos, lo que Dios hizo y su resultado: La creación de un ser singular, hecho a la imagen y semejanza de su creador, dotado de cuerpo, alma y espíritu, cuyo propósito está enmarcado en lo que dice Efesios 1:11-12: “...habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria”.

Con respecto a las dificultades de interpretación de este pasaje de la Escritura, en el Diccionario Expositivo de W.E. Vine, se consigna: “El sistema de pensamiento hebreo no conoce la combinación u oposición de los términos «cuerpo» y «alma» que son de origen griego y latino. Más bien en el hebreo se contraponen dos conceptos que no se encuentran en la

tradición grecolatina: “el ser interior” y “la apariencia externa”.

Los eruditos de las escrituras dicen que en la expresión “aliento de vida”, la palabra “vida” está en plural, lo cual indica que Dios impartió sobre el hombre, para decirlo en términos pedagógicos, dos clases de vida, una espiritual (el espíritu del hombre) y una vida anímica (el alma del hombre).

Creado a imagen y semejanza de Dios

Son muchos los estudios escriturales y las opiniones teológicas relacionadas con lo que significa la expresión “hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Gen. 1:26). La conclusión más importante, sin duda, es que el hombre posee dicha imagen y semejanza simplemente porque Dios lo ha dicho y esto no tiene ninguna posibilidad de ser discutido o controvertido. El verdadero reto para el hombre es descubrir en qué consiste esta imagen y esta semejanza.

Lo primero que hay que decir en esta dirección, es que el hombre no es Dios, y por lo mismo, no posee ninguno de los atributos que solo son atribuibles a la deidad, es decir, al hombre no se le puede atribuir omnisciencia, omnipotencia, soberanía, santidad, etc., pues los atributos del Dios Eterno son únicos e intransferibles, le corresponden a Él en su carácter del “Absolutamente Otro”, para ponerlo en los términos del teólogo suizo Karl Barth; es decir, que Dios es trascendente a toda su creación, no siendo comparable con nada ni con nadie. En consecuencia, la imagen y semejanza del hombre con su creador no está relacionada con los atributos de Dios, ni siquiera en lo concerniente con “la eternidad”, pues aunque el hombre tiene una dimensión especial de “eternidad” (Ecl. 3:11), puesta por el determinado

consejo de Dios, no obstante, el atributo de la eternidad de Dios es consustancial solamente a Él.

Dicho esto, la búsqueda de la “imagen y semejanza” que tenemos con nuestro creador la debemos buscar en la relación existente entre “estructura”, “propósito” y “destino”. Dios diseñó al hombre con una “estructura” especial, pero planificada e inteligentemente desarrollada para dar satisfacción y cumplimiento a sus propósitos eternos, de lo cual solo tenemos pinceladas de revelación en las Escrituras, las cuales, no obstante, se consideran suficientes para que el hombre pueda saber el propósito y el destino que Dios preparó de antemano para él.

Dios creó todo lo que existe para su gloria, incluyendo al hombre, a quien dotó de cuerpo, alma y espíritu, y en cuya relación armónica, estructura, funcionamiento y expresión de estas tres dimensiones, encontramos esa “imagen y semejanza” que tenemos del Dios Eterno, y que C.I. Scofield sintetiza en las siguientes palabras: “Porque el hombre es “espíritu” es capaz de tener conciencia de Dios, y de tener comunión con Dios; porque es “alma” tiene conciencia de sí; porque es un “cuerpo” tiene, mediante los sentidos, conciencia del mundo”.

El espíritu, el alma y el cuerpo

El espíritu humano

“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24).

Esta es una verdad fundamental revelada en las Escrituras: Dios es Espíritu. Toda posible relación que hombre pueda establecer con el Dios que lo creó, tiene que ser espiritual, pues no existe otra forma de conocerle. El espíritu de vida que

Dios sopló sobre el hombre en el Jardín del Edén facultó al hombre para tener comunión con su creador. El espíritu del hombre está dotado de un ámbito o “sentido” especial, que permite no solo tener conciencia de la existencia de Dios, sino, además, tener conciencia y conocimiento de sí mismo.

En 1 Corintios 2:11, hay una confirmación maravillosa de esta verdad; y allí también se descubre ante nuestros ojos espirituales, de qué manera el hombre refleja la imagen y semejanza de Dios:

“Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”.

Así como la profundidad de la sabiduría de Dios, sus planes y propósitos eternos, son conocidos y entendidos solo por su Espíritu, de la misma forma, las cosas, las intenciones y propósitos del hombre, son entendidos y discernidos por el espíritu del hombre que está en él.

Estoy de acuerdo en que el hombre creado por Dios es un ser “tripartito”, pero también comparto la posición que el espíritu y el alma del hombre solo son separables para facilitar la exposición pedagógica de estas verdades espirituales de tal forma que nuestro entendimiento las pueda asimilar más fácilmente.

En este mismo sentido se expresa Myer Pearlman en su Teología Bíblica y Sistemática, cuando dice:

“El espíritu y el alma representan dos lados o partes de la sustancia no física del hombre; o, expresándolo de otra manera, el espíritu y el alma representan dos modos en los cuales opera la naturaleza espiritual. Aunque separados, el

espíritu y el alma no son separables. Se saturan y compenetran mutuamente”.

Para ilustrar de qué manera el alma y el espíritu se compenetran mutuamente cuando el hombre adora a Dios, vamos a tomar el versículo de Lucas 1: 46-47, en el cual María la madre de Jesús expresa su regocijo y adoración por su honrosa elección:

La versión Reina Valera 60, lo consigna de la siguiente forma: “Entonces María dijo: engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocia en Dios mi Salvador”.

En esta versión queda claro que tanto el alma como el espíritu se regocian y glorifican a Dios, pero el uso de los tiempos de los verbos “engrandecer” y “regocijar”, no nos permiten visualizar un detalle que es muy importante dentro del contexto que estamos estudiando, el cual si podemos evidenciar en la New King James Version:

“And Mary said: “My soul magnifies the Lord, and my spirit has rejoiced in God my Savior” (Luc. 1:46).

En esta versión mi espíritu se regocia primero (pues el verbo está en pasado) al recibir la revelación de Dios, y luego él se encarga de transmitir dicha revelación a nuestra alma, la cual irrumpe en alabanza y adoración al Señor. Ahora bien, acá hablamos de una acción que implica secuencia, pero esta dimensión es solo aplicable para la razón y el conocimiento humano; la acción espiritual tiene una “lógica” diferente, si se nos permite la expresión: “Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual” (1 Cor. 2:13).

Una pregunta para la ciencia

Cuando le preguntamos a la ciencia de qué está hecho el universo, la respuesta más simple es que está hecho de materia y/o energía. Esta afirmación es cierta, en realidad, pero está incompleta y descontextualizada de la revelación de Dios, pues la ciencia no quiere consultar la opinión del verdadero hacedor del universo: “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Rom. 1:20).

La Escritura dice en Hebreos 11:3: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”.

Si por la fe entendemos, si por la fe agradamos a Dios, si por la fe tenemos certeza y convicción de lo que no se ve, entonces tenemos que aceptar que, de una u otra forma, la “fe” es un ámbito especial de relación y de conocimiento que Dios puso en nuestro espíritu para entender su naturaleza divina (que es espiritual), y también todas sus portentosas obras (que también son de hechura y sustancia espiritual).

Evitando caer en una grosera afirmación panteísta, podemos decir que el universo está hecho de “espíritu”, pues fue creado (ex nihilo) por el “hálito” del Dios viviente.

La mal llamada partícula de Dios o “Bosón de Higgs”, es el resultado de los esfuerzos de la ciencia para entender el origen y constitución del universo; su existencia explicaría cómo la materia obtuvo masa tras el Big Bang, pues sin masa, las partículas serían tan veloces como la luz, por lo que no habría acumulaciones, y por lo tanto tampoco átomos, y sin ellos, no existiría nada de lo que conocemos: personas, árboles, planetas, o el universo en su totalidad.